

## FERNANDO IGLESIAS CALDERON

Nació en México, D. F., el 20 de mayo de 1856, y ahí falleció en 1942.

Historiador, periodista y diplomático, escribió varias obras, entre las cuales se cuentan: *La traición de Maximiliano y la capilla propiciatoria* (1902); *Tres Campañas Nacionales y una crítica jalaz* (1906); *Las supuestas traiciones de Juárez* (1907); *La concesión Heese* (1924); *El egoísmo norteamericano durante la intervención francesa* (1905); *Rectificaciones históricas*; *Un libro del ex ministro de la Guerra*; *Errores múltiples y curiosos extravíos* (1901); este libro lo reeditó en 1910 con el título siguiente: *Rectificaciones históricas: un libro del ex ministro de la Guerra, General Bernardo Reyes*. Otras obras más dejó, así como numerosos artículos.

Herederó de la rica biblioteca de su padre don José María Iglesias, la cual acrecentó, la legó al Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que la conserva en la actualidad. Su archivo y el paterno los cedió al Archivo General de la Nación.

Referencias acerca de él tenemos en: *Chiapas y México. Revista ilustrada*, 4 v. México, 1908-11, año IV.

Fuente: Fernando Iglesias Calderón. *Rectificaciones Históricas. El egoísmo norteamericano durante la Intervención Francesa*. México, Imprenta Económica, 1905. XV-366 p. p. 338-351.

### LA INTERVENCION FRANCESA Y LA POLITICA NORTEAMERICANA

Al poner de relieve el frío e inhumano egoísmo de la política de Seward, que el señor Mariscal tratara de convertir en generosa protección norteamericana, no hemos aportado a la ciencia histórica el descubrimiento de verdades, ocultas y desconocidas, sino restablecido, sencillamente, en toda su pureza esas mismas verdades que un antipatriótico yankismo pretendía velar para ocultarlas y desfigurar para desconocerlas.

En los mismos Estados Unidos, a raíz de los mismos sucesos y ante el mismo Sr. Mariscal, fue conocido, y no sólo conocido, sino censurado también el indebido egoísmo que hoy arranca laudatorias y agradecimientos al actual Secretario de Relaciones.

Hase visto ya el notable testimonio de Mr. Barney, que

cierra la segunda parte de este estudio. Véanse ahora otros notabilísimos testimonios del conocimiento y de la censura a que acabamos de referirnos.

En la "Circular de la Legación No. 11" —destinada a dar a conocer en nuestro país, en Sudamérica y en una parte de Europa la esencia del Mensaje Presidencial de 3 de diciembre de 1866— decía don Matías Romero, con referencia a los partes parciales contenidos en el del general Grant, lo siguiente: "El más notable de esos partes es el del general Sheridan, fechado en Nueva Orleáns el 14 de noviembre próximo pasado. Sentimos mucho que la estrechez de estas líneas nos impida reproducir los pasajes de este parte que hacen relación a nuestros negocios, y en este caso también nos vemos obligados a hacer extractos ligeros. El general Sheridan aprovecha esta buena oportunidad para repetir lo que otras veces ha dicho y lo que todo el mundo sabe aquí, esto es. que la intervención francesa en México era una parte integrante de la rebelión del Sur, y que *está seguro de que si los Estados Unidos hubieran exigido de Napoleón el retiro de sus fuerzas, fundándose en ese motivo, la Francia habría accedido a tan justa demanda, Y ASÍ SE NOS HABRÍAN AHORRADO A NOSOTROS DOS LARGOS AÑOS DE SANGRE Y DESOLACIÓN*; habla en los términos más duros de los franceses y de su agente Maximiliano; hace mención de las simpatías que los insurrectos del Sur tenían por éste, del proyecto de los franceses de formar un partido anglo-americano que sostuviera a su gente en México, y de las medidas que él tomó para impedirlo, prohibiendo la emigración de Nueva Orleáns para Veracruz; habla, por último, DEL APOYO MORAL QUE NOS HA DADO CON SUS SIMPATÍAS, y refiere que *en los dos últimos años de lucha* HEMOS REDUCIDO A LOS INVASORES A OBRAR A LA DEFENSIVA SOLAMENTE.

Las nobles palabras del general Sheridan alcanzan altísima significación por el puesto especial que tenía en el Ejército de los Estados Unidos. El general Sheridan era el comandante en jefe de las tropas enviadas a los Estados del Sur para consolidar en ellos el triunfo de la Unión. Es decir, el general Sheridan era el comandante en jefe de esas tropas, que Seward, dirigiéndose a Napoleón III, llamaba aparatosamente *Ejército de Observación*; de esos *cien mil hombres puestos sobre el Bravo* —según el señor Mariscal— y presentados por el doctor Frías y Soto como la constante pesadilla del César francés, que, aterrorizándole, hiciérale acatar sumisamente las

órdenes del gabinete de la Casa Blanca; de esas fuerzas militares que —según el señor Bulnes— obligaron al mariscal Bazaine a concentrar su ejército y a mantenerle en inofensiva actitud... expectante. Y, sin embargo, el general Sheridan, en vez de jactarse de haber apresurado con su ejército de observación la retirada de los franceses; de haber, con sus cien mil hombres, amedrentado y aterrorizado a Napoleón III; y de haber obligado, con su simple presencia, al ejército expedicionario francés a guardar una actitud expectante e inofensiva; en vez de alardear con la indicada jactancia, se limitó lealmente a mencionar que nos había prestado *el apoyo moral de sus simpatías*, y a reprochar que no se hubiera ahorrado a nuestra patria, como bien pudieron hacerlo los Estados Unidos, *esos dos largos años de sangre y desolación*.

Al reprochar el egoísmo norteamericano durante la intervención francesa no nos constituimos, de ninguna manera, en los heraldos de una política romántica y sentimental. Reconocemos que los intereses, el decoro y el honor de cada pueblo deben normar su propia política, y que no debe provocarse una guerra sino por causas y motivos verdaderamente nacionales. Pero, en el caso que examinamos, era nuestra causa, como lo reconoció el mismo Seward, la causa de toda la América y hallábanse comprometidos, con la intervención armada europea en nuestros asuntos interiores, el decoro y los intereses de los Estados Unidos. Hemos disculpado el egoísmo de la política de Seward, cuando la terrible conflagración interior imponía el aplazamiento de los conflictos exteriores, aun a expensas del propio decoro; pero después de la toma de Richmond, después del triunfo completo sobre los rebeldes surianos, es del todo indisculpable el frío e inhumano egoísmo de la política norteamericana. Desde ese momento, Seward debió romper una neutralidad que sólo el peligro interior podía haber obligado a mantener, y, afrontando la remota probabilidad de una guerra con Francia, exigir perentoriamente la repatriación del ejército expedicionario francés o, siquiera, para que luchásemos con menor desventaja contra el enemigo común, habernos facilitado armas y municiones. ¡Qué habría sido bien poco, cuando México daba la vida, la tranquilidad y la fortuna de sus mejores hijos!

Acaso, el temor de que una guerra con Francia, aumentando la popularidad y la pretensión de los grandes caudillos, preparase el advenimiento del nefando militarismo, con su obligado séquito de despotismo y desmoralización, haya impulsado

a Seward en esa política de contemporizaciones hacia el César francés, de inhumano egoísmo hacia México, y de extraños olvidos hacia el decoro nacional. Dado el tradicional empeño de los grandes estadistas norteamericanos para impedir que, al amparo de glorias alcanzadas sobre los campos de batalla, se levante el corruptor y tiránico militarismo sobre las libertades reales de su pueblo; dado ese empeño, tradicional en los estadistas norteamericanos, nosotros, y creemos que con nosotros la Historia, tendremos en cuenta esa grande circunstancia atenuante del frío e inhumano egoísmo de la política de Seward.

Los fenómenos sociales, de suyo tan complejos, no obedecen jamás a una sola causa, sino que son el resultado de varias causas, que se ligan o se contraponen. Pero, entre esas causas hay siempre una, esencial, que por lo mismo no puede ser eliminada, y varias, contingentes, cuya eliminación altera tan sólo las modalidades del resultado, pero no lo imposibilita en manera alguna. Nosotros hemos considerado, desde un principio, el auxilio moral de los Estados Unidos como una simple concausa coadyuvante de nuestro triunfo nacional sobre la invasión extranjera; pero considerar el mencionado auxilio —según lo hace el doctor Frías y Soto— como la causa primera y principal de nuestros triunfos es, más que un grande error, un gran disparate.

La causa primera de nuestro triunfo, la primera en tiempo, fue la resistencia nacional, único obstáculo encontrado por Napoleón III en su pirática empresa. La causa principal de nuestro triunfo, la primera en importancia, fue también esa misma resistencia nacional porque ella es la única que no puede suprimirse, la única que tiene carácter esencial.

Eliminad el auxilio moral de los Estados Unidos, o las complicaciones europeas, o la impopularidad en Francia de la Intervención, o el estéril derroche de los caudales públicos franceses, causas todas ellas de pura contingencia, y no por ello desaparecerá nuestro triunfo, resultante de todas las demás, unidas a nuestra resistencia al invasor. Pero suprimid la resistencia nacional mexicana, e indefectiblemente desaparecerá nuestro triunfo; porque ella es, entre todas, la única causa esencial.

Sin nuestra resistencia, Napoleón, victorioso, habría retirado sus tropas desde 1864, dejando consumado el atentado a nuestra independencia y establecido un Imperio, de vida efímera; pero acatado, reconocido o cuando menos tolerado por

la nación. Y, entonces, ni el incesante y estéril derroche de los caudales públicos franceses, ni la impopularidad en Francia de la intervención, ni las complicaciones europeas, ni las notas de Seward habrían coadyuvado a nuestro triunfo, que todas esas concausas, tendentes a la repatriación del ejército invasor de nuestro suelo, o no habrían tenido razón de ser o habrían permanecido extrañas a la cuestión mexicana; puesto que, anticipadamente, ya habría estado de vuelta en Francia el ejército expedicionario.

En la resistencia nacional, tienen un puesto de honor todos los patriotas mexicanos que a ella contribuyeron. Atribuir toda la gloria al presidente Juárez sería, sencillamente, proclamar un absurdo; pero negarle el primer puesto es cometer una grande injusticia. El señor Bulnes lo ha pretendido así, confirmando el primer puesto a los combatientes y el segundo al personal de nuestra Legación en Wáshington. Dar la supremacía a los combatientes sobre el gobierno nacional es tanto como dar preferencia a los brazos sobre la cabeza. El señor Bulnes es ingeniero y nunca se le ocurrirá decir que en la construcción de un gran edificio corresponda el primer puesto a los albañiles y no al arquitecto. Dar supremacía sobre el presidente a su representante en Wáshington, que obraba conforme a las instrucciones del gobierno y que, cuantas veces se apartó de ellas, indebidamente, fue para cometer una torpeza, es tan sólo —como ya lo probamos en nuestras *Cartas a "El Tiempo"*— proclamar una risible sandez.

Para dar una apariencia de fundamento a la pretensión de colocar sobre el presidente a los jefes militares ha recurrido el señor Bulnes a un sofisma y a varias falsedades.

“El puesto de nuestros caudillos guerreros —dice el señor Bulnes— era el peligro inminente, de sacrificio tenaz, desesperado, inconmensurable; de insomnio obligatorio, de angustia infinita, de indigencia de pordioseros, de tormentos inauditos, de terrores especiales; de pánicos tremendos, de desalientos abrumadores, de espectáculos siniestros, de derrumbe incesante que enterraba todo bajo su polvo de descomposición y de muerte. El puesto de Juárez no fue el de esos héroes desgreados, de camisa sucia, sin equipajes, sin alimentos sanos y seguros, sin colchones donde reposar, sin garantías para su sueño, sin alivio para su fatiga, sin auxilio para sus enfermedades; acosados por las fiebres malignas, por la escasez de municiones, de pan, de vestuario, de armas; *mandando* a hombres con aspecto de salvajes, descarnados, desmoralizados, asus-

tadizos, próximos a huir o a enloquecerse, decididos a arrojar sobre la tierra y a pedir a los jefes que los maten porque sus almas de bronce las ha fundido al fin la miseria, el terror y la muerte de sus esperanzas.”

El sofisma de confusión cometido por el señor Bulnes es doble a más de patente y consiste tanto en equiparar la condición de Juárez y de los combatientes, como en atribuir a los caudillos militares el haberse hallado en circunstancias en que sólo se encontraron los soldados.

Falso, completamente falso que los caudillos, es decir, los generales en jefe, hayan sufrido una indigencia de pordioseros. Todos ellos cobraban los impuestos de sus respectivas zonas de acción, impuestos de los que habíase privado al supremo gobierno en favor de la defensa nacional, representada en cada zona por los mencionados caudillos. Por eso la indigencia del presidente y sus ministros, si no llegó a la de un pordiosero, sí fue mayor que la de los caudillos mencionados.

¡Falso, completamente falso, que esos caudillos hayan sufrido terrores especiales, pánicos tremendos, desalientos abrumadores. Al Régules fue a quien tocó hacer la campaña en peores condiciones, y su gran gloria, a más de su heroico sacrificio de Tacámbaro, consistirá siempre en no haber sufrido, ni tras las más crueles derrotas, esos terrores especiales, esos pánicos tremendos, esos desalientos abrumadores, que le habrían hecho soltar la espada de la mano y abandonar apresuradamente el ensangrentado campo de la lucha!

No contento el señor Bulnes con haber extendido a los caudillos penalidades exclusivas de los soldados, rebaja a éstos, pintándolos, sin distinción ninguna, como desmoralizados y asustadizos y próximos a huir o a enloquecer. Así ha incurrido S.S. en otra falsedad, pues si hubo un período de pánico y desmoralización en nuestras tropas —como lo ha habido en los mejores ejércitos— es inconcuso que nuestros generales no habrían alcanzado jamás, con hombres desmoralizados, asustadizos y siempre próximos a huir, no ya el triunfo definitivo, pero ni siquiera una sola victoria.

Tratando de establecer un parangón desfavorable a Don Benito Juárez, ha descrito el señor Bulnes con empeñosa grandilocuencia —como acaba de verse— el cuadro terriblemente hermoso de los peligros y penalidades que arrostraron y sufrieron los patriotas soldados mejicanos. ¡Elocuencia desperdiciada! ¡Empeño estéril! Nosotros concederemos que fueron aún más grandes y más continuos esos peligros y esas

penalidades, concederemos también que abracen por igual a generales y soldados; y ni así, la gloria de los combatientes hará desmerecer en un sólo ápice la gloria de Juárez; porque hay una circunstancia, aparentemente olvidada por S.S., que hace imposible el pretendido parangón y las afirmaciones que de él pretende deducir el señor Bulnes. Esa circunstancia es la de que no corresponde al jefe de Estado arrostrar los peligros y sufrir las penalidades que son en los combatientes, por decirlo así, percances del oficio.

Pretender que se considere como un mérito especial, en un soldado, el haber sufrido los rigores de la intemperie y el haberse expuesto a las balas del enemigo, equivale a glorificar a un albañil por haberse expuesto a una insolación y a una caída mortal, o a glorificar a los enfermeros de un hospital por haberse expuesto al contagio del tifo o de la viruela. Pues así procede el señor Bulnes cuando, para establecer el contraste entre los méritos del presidente y de los combatientes, dice: "que aunque Juárez fuera capaz de grandes sacrificios, las circunstancias no lo pusieron en condiciones de hacer esos prodigios de abnegación material, prodigios que S.S. ha mencionado de la siguiente manera: "errar de montaña en montaña", "disputar su presa a las fieras de los bosques", "dormir al aire libre en el lecho de crespones del paludismo", "morir envenenado por un pantano y colgado de los pies por un guerrillero."

A ser consecuente consigo mismo, el señor Bulnes debió conceder a los soldados rasos el primer puesto en la gloria de nuestra resistencia nacional, pues es inconcuso que sus penalidades materiales fueron muy superiores a las sufridas, no sólo por el presidente Juárez, sino por los generales a cuyas órdenes militaban; pero su S.S., cometiendo un absurdo dentro de otro absurdo, concedió a los caudillos, y no a los soldados, ese primer puesto de gloria y de honor.

Parece mentira que el señor Bulnes se haya desentendido por completo de esas penalidades morales inherentes a las grandes responsabilidades humanas, para fijarse tan solo en las penalidades materiales, es decir, en aquellas que, como el hambre y el frío, alcanzan por igual a los animales y a los hombres.

¡No, no correspondían al Presidente Juárez ni a sus ministros las penalidades consiguientes a los militares, ni los peligros inherentes a la noble profesión de las armas! Sus penalidades, aunque de otra índole, eran todavía más aterradoras; comprender la tremenda responsabilidad de su misión, y no

contar con elementos adecuados y suficientes; mirar desvirtuados sus patrióticos esfuerzos por el descuido o la torpeza de los unos, por el desaliento o la cobardía de los otros; sentir, en torno suyo, la intriga solapada, la envidia oculta, la asechancia artera; ver extenderse la onda inmensa de una epidemia de corrupción que esparcía por todos los ámbitos del país los miasmas generadores del temor, del egoísmo y de la traición; saber que, víctimas del contagio, habían caído en deserción disfrazada o en defección abierta, jefes militares y personajes políticos, cuya alta graduación en el ejército y cuya alta posición en la Administración les imponía mayor entereza ante el peligro y mayor fidelidad ante el infortunio; dar el ejemplo de la abnegación y de la constancia, y ver, día por día, reducirse el número de los constantes y de los abnegados; presentir, más bien dicho, calcular el triunfo indefectible de la causa nacional mexicana; pero, en tan remota lejanía, que debiera preverse, aun antes que la victoria, la extinción de la propia vida!

¡A esas penalidades de carácter público uníanse las penalidades de carácter privado; la amarga separación de la familia, envuelta, de manera irremisible, en la triste pobreza del presente, y en la angustiada incertidumbre del porvenir!

Bajando de estas penalidades a las de índole netamente material hallaremos a Juárez y a sus compañeros, ya careciendo, durante casi toda su peregrinación, de las comodidades a que se hallaban habituados; ya sufriendo, en la travesía del desierto, entre Chihuahua y Paso del Norte, todas las inclemencias de un clima exageradamente molesto y peligroso. Es cierto que estas penalidades, consideradas en lo absoluto, fueron inferiores a las de índole semejante sufridas por los combatientes; pero también es cierto que muchas de esas penalidades materiales son insufribles para hombres de gabinete y muy tolerables para hombres de campo: soldados o labriegos.

En cuanto a los peligros, aunque el señor Bulnes aparente creer que Juárez no corrió ninguno, es imposible que ignore que tanto el Presidente como sus ministros estuvieron varias veces en inminente peligro de perder la vida; ya en Monterrey, cuando los rifles de Quiroga despidieron con una granizada de balas a la comitiva presidencial; ya en la hacienda de la Zarca, cuando unos soldados amotinados, prontamente vueltos por sus jefes a la obediencia y al deber, acribillaron a balazos las ventanas de la incidental residencia del Presidente; ya en Zacatecas, cuando entre las descargas de los



soldados de Miramón pasaron el presidente y sus ministros por la bocacalle inmediata al Palacio del Estado. El señor Bulnes dice: "Por último el invasor nunca señaló a Juárez como malhechor, que era el título con que se llevaba al patíbulo a los verdaderos héroes", pretendiendo con estas palabras que Juárez no habría corrido peligro de muerte si hubiera llegado a caer en manos de sus enemigos. Decirlo es fácil, ¡probarlo, imposible! ¡qué ahí están, desmintiendo tal aserto, los discursos de Rouher —el ministro sin cartera de Napoleón III— en que calumniosamente se llamaba bandido a don Benito Juárez, y la carta de Maximiliano a Miramón en que se le ordenaba que hiciera juzgar y condenar al Presidente Juárez, a sus ministros Lerdo e Iglesias, a don Miguel Negrete y a uno de los veintidós inmaculados, a don Luis García Ramírez!